

Nombre y Apellido: Claudia Composto y Hernán Ouviaña

Afiliación Institucional: IDAES/UNSAM y UBA

Correo Electrónico: claudettear@yahoo.com.ar, hernanou@hotmail.com

Eje problemático propuesto: 1. Espacio social, tiempo y territorio; 2. Conflicto, protesta y cambio.

Título de la ponencia: Acumulación por despojo y nuevos cercamientos: mercantilización de los bienes comunes y antagonismos renovados en América Latina

ABSTRACT: El objetivo principal de la ponencia es reconstruir los debates y polémicas generados dentro de la tradición marxista, incluida la latinoamericana, en torno a dos cuestiones que en función de la actual coyuntura de nuestro continente cobran una creciente centralidad: la llamada “acumulación por despojo” (u originaria) y la dinámica de cercamientos de tierras y espacios comunales, concebidos ambos como dimensiones de una misma realidad en transformación. Una de nuestras principales hipótesis es que el complejo proceso de reestructuración capitalista iniciado en los años ’70 tiene como uno de sus ejes prioritarios una profunda reconfiguración espacio-temporal centrada en el saqueo de bienes comunes y en la pérdida de derechos colectivos de grandes contingentes de poblaciones, que involucra asimismo la depredación de la propia naturaleza, exacerbando su carácter de mero “recurso” a explotar. Nos interesa, en paralelo, visibilizar la contracara de este derrotero, constituido por las múltiples resistencias contra el despojo, que protagonizan tanto los pueblos originarios y las comunidades campesinas como las asambleas y vecinos autoconvocados que entablan luchas en defensa de los territorios y en contra de la privatización de los bienes comunes a nivel rural y urbano, dando cuenta de algunas de sus características distintivas, así como preguntándonos qué consecuencias políticas trae aparejado el progresivo protagonismo de estos renovados antagonismos en la lucha de clases.

Acumulación por despojo y nuevos cercamientos: mercantilización de los bienes comunes y antagonismos renovados en América Latina

Claudia Composto y Hernán Ouviaña

I. A modo de introducción

La presente ponencia tiene como objetivo principal reconstruir los debates y polémicas generados dentro de la tradición marxista, incluida la latinoamericana, en torno a dos cuestiones que en función de la actual coyuntura de nuestro continente cobran una creciente centralidad: la llamada “acumulación por despojo” (también denominada “originaria”) y la dinámica de cercamientos de tierras y espacios comunales, concebidos ambos como dimensiones de una misma realidad en transformación. Una de las principales hipótesis que guía nuestra reflexión es considerar que el complejo proceso de reestructuración capitalista iniciado en los años ’70 tiene como uno de sus ejes prioritarios una profunda reconfiguración espacio-temporal centrada en el saqueo de bienes comunes y en la pérdida de derechos colectivos de grandes contingentes de poblaciones, que involucra asimismo la depredación de la propia naturaleza, exacerbando su carácter de mero “recurso” a explotar. Para validar este planteo, en la primera parte del trabajo procederemos a reseñar los aportes teóricos esbozados por Karl Marx y Rosa Luxemburgo a los efectos de entender la dinámica de “acumulación por despojo”, para luego cotejar sus respectivos planteos con la revisión y actualización de este concepto que realizan desde una perspectiva crítica autores como David Harvey, Werner Bonefeld y Massimo De Angelis, analizando hasta qué punto su matriz de intelección permite entender el proceso de reconfiguración y ofensiva capitalista desplegado a lo largo de América Latina en los últimos veinte años, y que tiene por propósito la mercantilización de los activos públicos y, especialmente, de los bienes comunes. Asimismo, en la segunda parte del trabajo nos interesa visibilizar la contratara de este derrotero, constituido por las múltiples resistencias contra el despojo, que protagonizan tanto los pueblos originarios y las comunidades campesinas como las asambleas y vecinos autoconvocados que entablan luchas en defensa de los territorios y en contra de la privatización de los bienes comunes a nivel rural y urbano, dando cuenta de algunas de sus características distintivas, así como preguntándonos qué

consecuencias políticas trae aparejado el progresivo protagonismo de estos renovados antagonismos en la lucha de clases que se desenvuelve a diario a escala continental.

II. Los debates en torno a la acumulación por despojo en la tradición marxista

a. Marx y la centralidad de la acumulación por despojo en la génesis del capitalismo

Más allá de estar o no de acuerdo con el recorrido que propone Louis Althusser de *El Capital*, lo interesante es que sugiere realizar una lectura activa y crítica del clásico libro de Marx. Levantando el guante arrojado por él, y tomando como punto de partida la necesidad de realizar un abordaje “sintomático” de aquella obra, ¿por qué entonces no comenzar a leerla a partir de su Capítulo XXIV en lugar del primero, tal cual nos propone el clásico índice formulado por Marx? El segundo apartado de este célebre capítulo lleva el sugerente título de “Expropiación de la población rural, a la que se despoja de la tierra”. Y a diferencia de las primeras páginas con las que inicia Marx su propuesta analítica -en donde lo que se describe es el nivel de la *apariencia* en las sociedades modernas¹- en él intenta dar cuenta del grado cero del capitalismo o, mejor aún, de lo que considera “el pecado original” de la Economía Política: la prehistoria del capital y del modo capitalista de producción. En efecto, tomando como modelo de análisis clásico a la Inglaterra del siglo XV, cuya inmensa mayoría de la población se componía de campesinos libres y dueños de las tierras que trabajaban, Marx realiza una genealogía de la sociedad burguesa, donde la dinámica de *despojo* constituye su eje estructurante.

“Los grandes señores feudales -dirá- levantándose tenazmente contra la monarquía y el parlamento, crearon un proletariado incomparablemente mayor, al arrojar violentamente a los campesinos de las tierras que cultivaban y sobre las que tenían los mismos títulos jurídicos feudales que ellos, y al usurparles sus bienes comunales. El florecimiento de las manufacturas laneras de Frandes y la consiguiente

¹ “La sociedad capitalista se nos presenta como una inmenso arsenal de mercancías”, es la paradigmática frase con la que inaugura el libro (Marx, 2004).

alza de los precios de la lana, fue lo que sirvió de acicate directo para esto en Inglaterra (Marx, 2004).

Hasta ese entonces, estos campesinos que trabajaban para sí mismos disfrutaban del usufructo de la tierra comunal, sobre la que pastaba su ganado y la que les proporcionaba a la vez combustible. Sin embargo, el impulso directo para esta política de despojo lo dio especialmente el florecimiento de la manufactura lanera flamenca y el consiguiente aumento en los precios de la lana. Más allá de estos causales, lo importante es entender que el sistema capitalista *exigía*, como relata Marx con minucioso detalle, una condición servil de las masas populares, así como la conversión de sus medios de producción (que podríamos denominar “bienes comunes”) en capital, esto es, en mercancías.

Esta depredación de tierras comunales resultó ser, por lo tanto, la precondition para sentar las bases del proceso de acumulación de capital. Sin ella, era imposible abrir paso a la agricultura capitalista, incorporar el capital a la tierra y crear los contingentes de proletarios libres y privados de medios de vida que necesitaba la pujante industria de las ciudades, pues como afirmará el propio Marx “la expropiación de la población campesina sólo crea directamente grandes propietarios de tierra”. Es que para construir su modo de producción, la burguesía tenía como tarea previa la desvinculación entre el productor y sus bienes comunes de autosustentabilidad, de tal forma que se lograra obtener una suerte de “estado de separación” que tendiera a ser naturalizado por las masas de “desposeídos”. Este proceso de transformación de las tierras comunitarias en praderas privatizadas para ser destinadas al ganado distó de ser algo armonioso. Muy por el contrario, la violencia y el pillaje fueron una constante, siendo el Estado -y la legislación que él sanciona y ejecuta de forma cruenta- una variable sumamente relevante en esta arremetida contra la propiedad comunal. En palabras de Marx, “la forma parlamentaria que asume la depredación es la de los ‘Bills for Inclosure of Commons’ (leyes para el cercamiento de la tierra comunal), en otras palabras, decretos mediante los cuales los terratenientes se donan a sí mismos, como propiedad privada, las tierras del pueblo; decretos expropiadores del pueblo” (Marx, 2004). Esta “turbia intervención del Estado”, como la llama Marx, supone dejar de concebirlo como un epifenómeno constituido a posteriori y moldeado indefectiblemente en función de las necesidades de la base económica, para entenderlo como co-constitutivo de las

relaciones sociales capitalistas. Así, lejos de ser un agente neutral, su emergencia y protagonismo descollante implica dar cuenta de su función específica como garante de las condiciones generales del proceso de acumulación capitalista, entre las que se destaca aquel violento proceso de *separación* que, por la vía del despojo, expulsa al campesinado de sus tierras comunales, convirtiendo asimismo a éstas en mercancías.

Si bien es un planteo no desarrollado del todo por Marx a lo largo de *El Capital*, como veremos en los siguientes apartados, es posible entender a esta dinámica de despojo de los medios de subsistencia (entre los que se destaca sin duda la tierra y lo que hoy llamaríamos “bienes naturales”) no en términos de un transitorio suceso que aconteció siglos atrás en Europa Occidental, sino como *metamorfosis permanente* requerida para la existencia y reproducción del capitalismo qua sistema. Esto implicaría concebir a la naturaleza y a las comunidades constituidas en torno suyo en tanto bienes comunes, lo que las convierte en factores potencialmente antagónicos vis a vis la tendencia a la actualización del proceso de “acumulación originaria”.

No obstante, las lecturas (pseudo)ortodoxas de la obra de Marx pregonan aún hoy en día que, de acuerdo a su análisis, el *trabajo* resultaría ser la única fuente de valor, planteando como consecuencia lógica que solo en él radica la base antagónica de lucha contra la sociedad capitalista. Sin embargo, en numerosas ocasiones Marx se encargó de impugnar esta obtusa postura. Sin duda una de las más lúcidas fue la pregonada bajo la forma de glosas marginales al *Programa de Gotha*, en donde afirma que “el trabajo *no es la fuente* de toda riqueza. La *naturaleza* es la fuente de los valores de uso (¡que son los que verdaderamente integran la riqueza material!), ni más ni menos que el trabajo, que no es más que la manifestación de una fuerza natural, de la fuerza de trabajo del hombre” (Marx, 1979)

Esta posición ya había sido planteada sin medias tintas en *El Capital*, argumentando que los dos manantiales de la riqueza estaban constituidos por la tierra y el trabajador, los cuales eran simultáneamente socavados por la propia dinámica de la producción capitalista. De ahí que Marx haya llegado a expresar que “todo progreso de la agricultura capitalista no es solo una progreso en el arte de esquilmar al obrero, sino a la vez en el arte de esquilmar el suelo” (Marx, 2004).

b. Rosa Luxemburgo y la acumulación de capital como lucha contra la “economía natural”

A pesar de la centralidad teórico-política que tenía el proceso de acumulación por despojo descrito por Marx en su célebre Capítulo XXIV, hubo que esperar hasta comienzos del siglo XX para que una pensadora de la talla de Rosa Luxemburgo retomara sus análisis con toda profundidad, para intentar enriquecerlo en función de una nueva realidad en curso, signada por la disputa interimperialista que va a preceder al inicio de la primera guerra mundial. En efecto, en su libro *La acumulación del capital*, escrito en 1912 e inspirado en la lectura detallada del volumen II de *El Capital*, postulará que “el capitalismo viene al mundo y se desarrolla históricamente en un medio social no capitalista”, por lo que una de los requisitos ineludibles para su existencia y expansión estriba en el desmembramiento de estas formas de economía natural. Esto se debe a que, según sus propias palabras, “en todas las formas de economía natural (...) lo decisivo es la producción para el propio consumo, y de aquí que la demanda de mercancías extrañas no exista o sea escasa, y, por regla general, no haya sobrante de productos propios, o al menos, ninguna necesidad apremiante de dar salida a productos sobrantes”, a lo que habría que sumar el hecho de que las comunidades campesinas “basan su organización económica en el encadenamiento del medio de producción más importante –la tierra- así como de los trabajadores, por el derecho y la tradición”, todo lo cual no hace más que exigir al capital “una lucha a muerte contra la economía natural en la forma histórica que se presente”.

Rosa traza un estrecho paralelismo entre el cercamiento de tierras analizado por Marx en Inglaterra, y la política imperialista desplegada a escala planetaria por las principales potencias a comienzos del siglo XX: “En la acumulación primitiva, esto es, en los primeros comienzos históricos del capitalismo de Europa a fines de la Edad Media y hasta entrado el siglo XIX, la liberación de los campesinos constituye, en Inglaterra y en el continente, el medio más importante para transformar en capital la masa de medios de producción y obreros. Pero en la política colonial moderno del capital realiza, actualmente, la misma tarea en una escala mucho mayor. (...) La dificultad en este punto consiste en que, en grandes zonas de la superficie explotable de la Tierra, las fuerzas productivas están en poder de formaciones sociales que, o no se hallan inclinadas al comercio de mercancías, o no ofrecen los medios de producción más

importantes para el capital, porque las formas de propiedad y toda la estructura social las excluye de antemano. En este grupo hay que contar, ante todo, el suelo, con su riqueza mineral en el interior, y sus praderas, bosques y fuerzas hidráulicas en la superficie, así como los rebaños de los pueblos primitivos dedicados al pastoreo. Confiarse aquí al proceso secular lento de la descomposición interior de estas formaciones de economía natural y en sus resultados, equivaldría para el capital a renunciar a las fuerzas productivas de aquellos territorios. De aquí que el capitalismo considere, como una cuestión vital, la apropiación violenta de los medios de producción más importantes de los países coloniales.” (Luxemburgo, 1967)

De acuerdo a Rosa Luxemburgo, al igual que para Marx, el Estado cumple un rol fundamental en este cruento y renovado proceso de despojo, sea a través del ejercicio del monopolio de la fuerza sobre estos territorios en disputa, la presión tributaria y crediticia o bien el abaratamiento forzado de los productos que puedan generarse en ellos. Esto es debido a que el capital no tiene más solución para su progresiva capacidad de expansión que la violencia, que al decir de Rosa “constituye un método constante de acumulación de capital en el proceso histórico, *no sólo en su génesis, sino en todo tiempo, hasta el día de hoy*” (Luxemburgo, 1967, cursivas nuestras). Pero su lectura de esta política de despojo dista de ser apocalíptica. Con la fina ironía que la caracterizaba, y evocando al espectro de Shakespeare, afirmará que “como en todos los casos se trata de ser o no ser, para las sociedades primitivas no hay otra actitud que las de la resistencia y la lucha a sangre y fuego” en contra del intento voraz del capitalismo de destruir y aniquilar las organizaciones sociales y las formas de economía natural ajenas -o bien no totalmente integradas- a la dinámica de la sociedad burguesa.

c. Hacia una relectura de la acumulación por despojo como proceso permanente: los aportes del marxismo abierto para el análisis de América Latina hoy

Recuperando en parte las ideas formuladas por Rosa Luxemburgo, en los últimos veinte años una pléyade de autores provenientes del marxismo crítico han planteado la necesidad de repensar la noción clásica de “acumulación originaria” desarrollada por Marx, no como un momento históricamente situado en los albores del capitalismo europeo (esto es, como hito fundacional de la separación de los trabajadores respecto de sus medios de subsistencia), y por lo tanto algo ya superado, sino en tanto proceso en

curso y de carácter *permanente*. Más allá de los matices, en todos los casos se postula como precepto teórico el dejar de concebir a la dinámica de acumulación por despojo bajo la clave de un evento meramente *transitorio* (ubicable por ejemplo en la Inglaterra rural del siglo XVIII, y relevante solo en términos de permitir entender la génesis del capitalismo industrial en aquel remoto país), en la medida en que pasaría a ser una práctica social constante que debe reproducirse una y otra vez so pena de ver peligrar las condiciones mismas de producción capitalista.

Massimo De Angelis, intelectual italiano impulsor de la revista *The Commoner*, recupera para validar esta hipótesis precisamente el planteo de Rosa Luxemburgo, contraponiéndolo al del joven Lenin, quien en su libro *El desarrollo del capitalismo en Rusia* teorizó la llamada “acumulación primitiva” como un acontecimiento histórico momentáneo, propio de toda etapa formativa del capitalismo al interior de una sociedad atrasada. De acuerdo a De Angelis, la propuesta de la autora de *La acumulación del capital* permite analizar la política de “nuevos cercamientos” y privatización de bienes comunes acontecida en las últimas dos décadas tanto en vastas regiones de Europa Occidental como en casi la totalidad de América Latina. Y si bien se encarga de aclarar que las formas modernas de la acumulación primitiva se desarrollan en contextos bastante diferentes de aquellos en los cuales se dieron los cercamientos ingleses o el comercio de esclavos, dirá que “para enfatizar el carácter en común, nos permitiremos interpretar los nuevos sin olvidarnos de la dura lección de los viejos” (De Angelis, 2001). De esta forma, la progresiva privatización de activos públicos desplegada a partir de los años '90 en nuestra región, de la mano del recetario neoliberal impulsado al calor del Consenso de Washington, lejos de ser algo ajeno a la política de “cercamientos” descrita por Marx, constituye la forma históricamente específica que ésta asume en el marco del proceso de reestructuración capitalista iniciado durante la década del setenta.

Así, en sintonía con la caracterización lanzada por De Angelis, Werner Bonefeld (2001) considera que para la configuración misma del capitalismo en tanto sociedad de clases es precondition la reproducción permanente, cotidiana y siempre renovada en función de la correlación de fuerzas por definición incierta, de aquella *separación* entre productores y medios de subsistencia graficada por Marx. De ahí que, más que referirnos a la tierra en tanto mercancía *ya* plenamente constituida, debemos hablar de un proceso de disputa constante entre mercantilización y desmercantilización de los

territorios, donde la mediación que garantiza en buena medida dicha escisión o desacople, intentando perpetuarlo en el tiempo, está encarnada por las instituciones estatales. Desde esta perspectiva, los numerosos intentos de privatización de espacios comunales, activos públicos, bosques, lagos y montes a lo largo y ancho de nuestro continente, deben leerse como parte de una amplia estrategia de acumulación capitalista, basada en mecanismos predatorios que buscan convertir estas instancias vitales y bienes comunes en productos con alto nivel de rentabilidad.

En efecto, a partir de la década del 70, con la crisis del modelo bienestarista de posguerra, se inaugura una nueva etapa de expansión del capital caracterizada por la reactualización y profundización de lo que estos autores ha llamado “acumulación por despojo”. Esta estrategia, basada en la utilización de mecanismos extraeconómicos de tipo predatorio, ha permitido en las últimas décadas la creación de nuevos circuitos de valorización a partir de la mercantilización de bienes comunes, activos públicos y relaciones sociales previamente ajenos -o no totalmente integrados- a la lógica del capital. De esta manera, toma impulso un ciclo de “nuevos cercamientos” que, en continuidad histórica con el proceso constitutivo de la relación social capitalista denominado como “acumulación originaria”, restaura y amplía aquella primigenia separación violenta de las poblaciones respecto de sus medios de producción y reproducción de la vida. (Midnight Notes Collective, 1990)

Producto de esta competencia por la apertura de nuevos ámbitos y espacios de explotación, los Estados de los países periféricos compiten por la radicación de porciones del capital flotante en sus territorios, desmantelando conquistas democráticas históricas para convertirlas en oportunidades de inversión. De esta forma, se consolida y profundiza lo que algunos autores han caracterizado como “Estado nacional de competencia” (Altvater, 1999; Hirsch, 2001) que, en tanto entidad responsable de crear el espacio para la acumulación, se convierte en socio de la desapropiación, pero en una posición asimétrica de sesión frente a los intereses transnacionales. En esta suerte de relanzamiento ampliado del rol geopolítico clásico asignado a la región dentro de la división mundial del trabajo, los territorios y recursos naturales de América Latina adquieren renovado protagonismo como uno de los núcleos centrales del desarrollo capitalista, siendo las empresas transnacionales los agentes dinámicos y principales beneficiarios de este reeditado orden global, donde los países periféricos constituyen

una fuente privilegiada de recursos estratégicos cada vez más escasos (biodiversidad, tierra, agua, hidrocarburos y minerales), que son explotados en condiciones monopólicas por estos actores privados, asegurando la producción a bajo costo y el consumo sostenido de las economías centrales.

IV. Las resistencias contra el despojo: algunas características e hipótesis en torno a la emergencia de renovados antagonismos en la región

Hecha esta breve revisión de las múltiples lecturas formuladas por la tradición marxista en torno a la dinámica de acumulación por despojo, y de su pertinencia para entender el actual proceso de reconfiguración y ofensiva capitalista desplegado a lo largo de América Latina -centrado, como vimos, en la mercantilización de los bienes comunes-, en este último apartado procederemos a esbozar algunas hipótesis, desde ya provisorias, en torno al progresivo protagonismo que han cobrado tanto los pueblos originarios y las comunidades campesinas como las asambleas y vecinos autoconvocados que entablan luchas en defensa de los territorios a nivel rural y urbano, preguntándonos qué consecuencias políticas trae aparejado estos renovados antagonismos a la hora de repensar las estrategias de transformación social en la región.

De acuerdo a David Harvey (2004) durante los últimos ciento cincuenta años la izquierda (en su versión marxista y/o socialista) ha planteado que “el proletariado, definido como los trabajadores asalariados privados de acceso a la propiedad de los medios de producción, era el agente clave del cambio histórico. La contradicción principal era la que se da entre capital y trabajo y en torno a lugar de producción”, por lo que “prevalecía la opinión de que el proletariado era el único agente de la transformación histórica”, lo cual redundaba en considerar como irrelevantes las luchas contra la acumulación por despojo. De ahí que Harvey concluya que “esta concentración tan firme de gran parte de la izquierda marxista o comunista en las luchas proletarias excluyendo todo lo demás fue un error fatal, ya que si ambas formas de lucha están orgánicamente vinculadas dentro de la geografía histórica del capitalismo, la izquierda no sólo estaba perdiendo poder, sino que también estaba paralizando su capacidad analítica y programática al ignorar totalmente una de las dos caras de esta dualidad”. En efecto, consideramos que el diagnóstico pesimista del autor de *El nuevo imperialismo* no resulta ajeno a la realidad latinoamericana, donde la izquierda ortodoxa

tendió a encorsetar la pluralidad de luchas sociales y políticas dentro de un mismo sujeto y patrón identitario (la clase obrera) y un único espacio territorial (la fábrica).

Ahora bien, ¿cuáles son las principales características de estos movimientos y organizaciones de lucha socio-ambiental y por la defensa de sus bienes comunes, que desbordan con creces aquellos actores e instancias tradicionales de lucha? ¿Por qué no resultan ser una mera reedición de las clásicas estructuras partidarias y sindicales nucleadas en torno a la clase obrera como sujeto exclusivo del cambio social? Mencionaremos las que consideramos constituyen cualidades distintivas, más allá de las particularidades de cada uno de ellos, que nos obligan a poner en cuestión la estrategia tradicional de construcción política y transformación radical pregonada por ciertos sectores del marxismo clásico.

En primer lugar, cabe mencionar una fuerte *apelación a la acción directa* como principal metodología de lucha y despliegue de prácticas antagonistas. Ella se expresa a través de ocupaciones de predios y espacios públicos, recuperación de territorios ancestrales, “escraches” populares, cortes de rutas, puentes y calles, bloqueos de accesos a empresas privadas e instituciones estatales y procesos de deliberación pública, instalándose como una de las formas más efectivas y contundentes que invocan estos movimientos y organizaciones para visibilizar sus conflictos e interpelar a los centros de poder. En casi todos los casos, esta práctica implica una ausencia de las mediaciones tradicionales, en particular aquellas vinculadas con el estado y los partidos políticos, destacándose la apelación en muchos casos a su carácter de “autoconvocados”. No obstante, es importante entender que estos procesos de confrontación no deben asimilarse con un *espontaneísmo* puro o total. Si bien varios de estos movimientos surgieron de esta forma, fueron generando instancias de planeación, programación y coordinación de sus prácticas en común, aunque aún son sumamente escasos los ámbitos de enlace de tipo transversal que excedan la lógica identitaria original de cada uno de ellos.

En segundo término, podemos destacar su *crítica al vanguardismo de la izquierda clásica*. En efecto, si los partidos políticos y demás organizaciones “revolucionarias” del pasado siglo se caracterizaron por una constante autoproclamación de vanguardia, pretendiendo dirigir o hegemonizar las diferentes luchas, la mayoría de estas

experiencias se alejan de esta concepción. De ahí que, siguiendo a Ezequiel Adamovsky (2003) podamos decir que, al igual que las células, cada uno de estos espacios y proyectos en curso crecen por multiplicación, “no tanto aumentando el número de personas y la cantidad de recursos de *un* grupo, sino impulsando la creación de nuevos nodos”. Esto se evidencia, por ejemplo, en la actitud de los vecinos autoconvocados aglutinados en torno a la Unión de Asambleas Ciudadanas (UAC) o en la de los movimientos campesinos integrantes del Encuentro Nacional Campesino-Indígena, ambos de Argentina. En cada caso, lejos de buscar acumular poder a través de la suma de adherentes y militantes (precepto básico de cualquier partido político), apuestan a que germinen experiencias similares, llegando a aportar recursos y compañeros para que puedan fructificar. En muchas ocasiones, además, este antivanguardismo expresa una concepción anticorporativa de la lucha que se libra. La resonancia de la consigna zapatista “para todos todo, para nosotros nada” es clara en organizaciones como la Unión de Trabajadores Desocupados de Gral. Mosconi, cuyo principal referente suele expresar: “primero el pueblo y después nosotros”.

En tercer lugar, su *dinámica asamblearia* y *prefigurativa*, que implica que los medios de construcción de estos movimientos no son “instrumentalizados” en función de un fin futuro, por benéfico que éste sea, sino que, antes bien, sus objetivos tienden a estar contenidos en los propios vínculos y prácticas solidarias que despliegan en su devenir cotidiano, de manera tal que la distancia entre ambos vaya acortándose. Es por ello que podemos expresar que la horizontalidad no es un horizonte lejano al cual se accedería sólo tras el “triunfo revolucionario”, sino una práctica concreta y actual que estructura la acción de los integrantes de cada colectivo en resistencia.² Es en este sentido que la dinámica asamblearia presente en las experiencias reseñadas prefigura en pequeña escala la sociedad futura, materializando embriones de relaciones sociales superadoras de la barbarie capitalista. Si bien no con la misma intensidad, se evidencia en todos los casos una tendencia a generar espacios de discusión y toma de decisiones más

² Consideramos que la mayor parte de los actores de estas experiencias, en el transcurso mismo de la lucha, fueron percatándose de que la horizontalidad, si bien imprescindible para la construcción permanente de nuevos vínculos, no puede, bajo ningún concepto, devenir en “fetiche”, remedio de todos los males. De ahí que la modalidad implementada en casi todos los casos haya sido combinar métodos de participación directa y discusión colectiva con la designación rotativa de delegados que permitan llevar a cabo las actividades consensuadas. Esta forma de construcción —en tanto contradicción en movimiento— no ha estado exenta de la posible generación de liderazgos ni de la escisión entre dirigentes y dirigidos.

democráticos, potenciando así la autodeterminación individual y colectiva. Estas instancias asamblearias operan como mecanismos fundamentales para circular y transparentar la información, y como ámbitos privilegiados para el proceso de deliberación colectiva. Asimismo, la proliferación de espacios que se definen como “autoconvocados”, ajenos a los partidos políticos, da cuenta del carácter expansivo de esta dinámica.

En cuarto lugar, es notable su tendencia al *anclaje territorial y en pos de la (re)construcción de lazos comunitarios*. Si definimos a la territorialización como aquel proceso que tiende a la autoafirmación de diferentes actores sociales y políticos en un espacio no sólo físico sino además simbólico y cultural.³ podemos entonces coincidir con Raúl Zibechi (2005) en que, frente al proceso de licuefacción del capital caracterizado por el pasaje de un régimen de acumulación fabril fordista hacia uno centrado en la especulación financiera, estos movimientos antagonistas se constituyen en territorios propios que, aunque con un desarrollo desigual, involucran una “nueva espacialidad” diferente de la hegemónica, con posibilidades de duración en el tiempo. Así pues, la (re)construcción de lazos comunitarios puede entenderse como la base principal a partir de la cual se configuran territorialmente —sobre nuevos parámetros— relaciones productivas, imaginarios sociales y vínculos colectivos que pueden leerse como formas autonómicas anticipatorias de una nueva sociabilidad no capitalista.

Como quinta hipótesis, consideramos que *el despliegue de estas prácticas antagonistas tiene como precondition la creación y experimentación de nuevas relaciones sociales no escindidas de lo cotidiano*.⁴ Los proyectos productivos de trabajo realizados por los piqueteros, las empresas “recuperadas” de carácter autogestionario y los emprendimientos asamblearios constituyen instancias donde lo político y lo económico, y lejos de verse como compartimentos separados, se amalgaman concretamente. Los

³ De acuerdo con Bernardo Fernandes Mancano (2003), la apropiación del espacio geográfico como territorio multidimensional sigue un proceso histórico cíclico de territorialización-desterritorialización-reterritorialización, signado por cambios permanentes tanto de la producción material como de la ideológica o simbólica.

⁴ Éste es uno de los ejes más contrastantes entre los movimientos latinoamericanos y los variados grupos y colectivos que conforman el movimiento “anter-globalizador”, quienes (salvo excepciones, muy notables por cierto) tienden a subsumir sus prácticas a los espasmódicos momentos en cuales los principales funcionarios de los organismos financieros internacionales se reúnen en ciudades europeas, dando prioridad al carácter mediático y virtual de la protesta por sobre la territorialización y expansión de nuevos vínculos sociales.

tres movimientos plasman así de manera embrionaria, en sus prácticas territoriales mismas, los gérmenes de la sociedad futura por la cual luchan, en la medida en que ensayan “aquí y ahora” una transformación integral de la vida.⁵ No sin obstáculos y ambivalencias, intentan generar desde su cotidianidad una nueva sociabilidad insumisa y no capitalista, desligada de la lógica espectacular. Se amplía, pues, la esfera de lo político, arraigando ésta cada vez más en el seno mismo de la sociedad civil y menos en el aparato estatal.

En sexto lugar, podemos afirmar que *estamos en presencia de un heterogéneo movimiento de movimientos que, al margen de sus notables particularidades, avanzó en estos años en la conformación de “espacios públicos no estatales”*, entendiendo bajo esta denominación a un tipo de instancias que involucran formas de intervención colectiva y de participación voluntaria de campesinos, indígenas, pobres urbanos, vecinos y trabajadores desocupados, bajo lógicas que se distinguen de las que tradicionalmente guiaron a los órganos de gestión pública, por no estar acotadas al ámbito estatal ni al mercantil. En este sentido, estas modalidades de participación inauguran novedosos escenarios de vivencia democrática y autogestionaria, permitiendo retirar del estado y de los agentes privilegiados del sistema capitalista el monopolio exclusivo de la definición de la agenda social. Los “espacios públicos no estatales” se construirían, por lo tanto, en esa especie de *zona gris* entre el mercado y el estado, pero no como ámbitos complementarios con respecto a estas dos esferas, sino en tanto potencial impugnación de la existencia de estas mediaciones que apuntan a organizar la vida misma en función del proceso de acumulación capitalista. La noción nos obliga entonces a repensar y revisar el concepto de política. En este punto, consideramos que es preciso trascender las categorías tradicionales que identificaban política con estado.

De ahí que, como complemento, resulte pertinente resaltar el indudable *carácter plural de los sujetos que apuestan a la creación de estos espacios*. Ello requiere revisar el erróneo axioma suprahistórico del proletariado (fabril, en sus definiciones exacerbadas) como actor privilegiado y jerárquico en la proyección de una alteridad no capitalista.

⁵ Durante este contradictorio tránsito, las instituciones, espacios y prácticas en la que se encarne el proyecto autónomo deben contener mecanismos que, desde el inicio mismo y en forma progresiva, obturen la burocratización y la división del trabajo. Si bien no con la misma intensidad y generalización, en los tres casos mencionados hay sobrados ejemplos de este tipo de iniciativas.

Las encarnaduras y premisas de estas construcciones antagonistas están siendo moldeadas en nuestro continente por un variopinto abanico de movimientos y actores de la sociedad civil que operan de hecho como “catalizadores” de su masificación y arraigo territorial, no tanto “concientizando” como generando complicidades en función de prácticas de afinidad.

El desafío, creemos, es cómo pensar la irradiación y el convite de estas “vanguardias” (en plural y con minúscula, por si cabe aclararlo) bajo una lógica no vanguardista, de manera tal de ayudar a parir renovados espacios de coordinación transversal de las luchas contra el despojo y la contaminación, que dejen atrás los hegemonismos y la tendencia a la homogeneización propios de la cultura política de la izquierda clásica, aunque sin desentendernos de las otras problemáticas igual de acuciantes para los sectores subalternos, entre las que cabe destacar la precarización de la vida, el desprecio y la marginación de todo tipo, o la posibilidad de una nueva escalada represiva sufrida por los movimientos en resistencia a nivel continental.

Bibliografía

- Adamovsky, Ezequiel (2003) *Anticapitalismo para principiantes*, Editorial Era Naciente, Buenos Aires.
- Altvater, Elmar (1999): “El mercado mundial como campo de operaciones o del Estado nacional soberano al Estado nacional de competencia”, en *Cuadernos del Sur*, N°28, Ed. Tierra del Fuego, Bs. As.
- Bonefeld, W. (2001) “The Permanence of Primitive Accumulation: Commodity Fetishism and Social Constitution”, en *The Commoner*, N°2.
- De Angelis, M. (2001) “Marx and primitive accumulation: The continuous character of capital's enclosures”, en *The Commoner*, N°2.
- Galafassi, G. (2009) “Megaminería en la Patagonia Argentina: saqueo y nuevos cercamientos en un renovado proceso de acumulación por desposesión”, mimeo, Buenos Aires.
- Fernández Mancano, B. (2003) *MST: formação e territorialização*, San Pablo, Hucitec.
- Gilly, A. (2006) *Historia a contrapelo. Una constelación*, Editorial Era, México.
- Harvey, D. (2004) *El nuevo imperialismo*, Editorial Akal, Madrid.
- Hirsch, J. (2001) *El Estado nacional de competencia*, UAM, México D.F.
- Luxemburgo, Rosa (1967) *La acumulación del capital*, Editorial Grijalbo, México.
- Marx, Karl (2004) *El Capital*, Siglo XXI, México.
- Marx, Karl (1979) *Crítica al Programa de Gotha*, Ediciones en Lenguas Extranjeras, Pekín.
- Midnight Notes Collective (1990) “Introduction to the New Enclosure”, en *Midnight Notes*, N° 10.
- Porto Goncalves, C. (2001), *Geo-grafías. Movimientos sociales, nuevas territorialidades y sustentabilidad*, Siglo XXI, México D.F.
- Roux, R. (2007), “Marx y la cuestión del despojo. Claves teóricas para iluminar un cambio de época”, en *Elementos fundamentales para la crítica de la economía política. A 150 años de la redacción de los Grundrisse de Karl Marx*, UNAM, México D.F.
- Zavaleta, R. (1988) *Clases sociales y conocimiento*, Editorial Los Amigos del Libro, La Paz.
- Zibechi, R. (2005) “Espacios, territorios y regiones: la creatividad social de los nuevos movimientos sociales en América Latina”, en *Contrahistorias 5*, México.